

Una cuestión vírica o viral



Fotograma de la película *Dos chicas locas locas*, 1965.

Durante los primaverales días del confinamiento he tenido tiempo suficiente para surcar el ciberespacio lentamente y leer la prensa nacional con atención y tranquilidad.

En el *Diario de Burgos* leí con gran interés las declaraciones de algunas personalidades de la Medicina española sobre la epidemia que nos llegó —como los Reyes Magos— de Oriente. Entre ellas, las del director general de Sanidad quien asegura que aquí, “la amenaza no es grave, por el momento”, aunque, “si la cosa se pone fea, no tendríamos más remedio que aislar a España”. En opinión del experto doctor “el estado sanitario de nuestro país es muy bueno y nuestro índice de mortalidad se halla a la altura de las naciones más adelantadas en materia sanitaria”, no obstante, advierte que “se cierne sobre nosotros la amenaza de la actual epidemia” por ser “de gran mortalidad y difusión”. Finalizaba con un mensaje tranquilizador pues, aunque “la actual epidemia” está producida por un virus “totalmente desconocido hasta la fecha”, la Organización Mundial de la Salud ya lo ha aislado y se está haciendo una vacuna. Por su parte, el médico titular de la Beneficencia Provincial de Madrid —en su interviú—, asegura igualmente, que no hay ningún motivo de alarma ya que la epidemia está “aún muy lejana y, aunque el transporte moderno contribuye a la extensión de la enfermedad, debe tenerse confianza en que los portadores de gérmenes no lleguen fácilmente a nosotros por las medidas que habrán de adoptarse en sus países de origen y, asimismo, en la medicina moderna”.

Por otro lado, en el *ABC* de Madrid, leí con gran pesar que el Príncipe Carlos de Inglaterra “cayó enfermo a primeros de este mes y se encuentra ahora convaleciente”.

También he tenido suficiente tiempo para leer la prensa malagueña. Me ha impactado —en el diario *Sur*— la noticia de unas “Nuevas instalaciones industriales en Marbella”, con un solo antecedente en Europa, en Chipre.

Durante un instante las ondulaciones del espacio-tiempo me acompañaron en uno de mis paseos atemporales —esta vez vírico— ya que las ediciones de estos diarios eran —aunque no tan viejas como yo— antiguas, tenían ya sesenta y tres años.

La crónica periodística del *Diario de Burgos* no se refería al coronavirus de actualidad, el «Covd-19», sino al influenzavirus «A-Singapur-1/57» causante de la pandemia de la «gripe asiática» en 1957. Aquel nuevo virus de la «influenza A (H2N2)» resultó viajero y dio la vuelta al mundo a gran velocidad para la época —a cinco

kilómetros a la hora—. En unos pocos meses acabó con la vida de más de un millón de personas en su recorrido.

Apareció por vez primera, como su primo hermano —el Covid-19— en China, donde brotó en febrero al amparo de unos patos salvajes a los pies del Himalaya. Rápidamente se abrió camino a través de Hong Kong y llegó a Formosa antes de terminar abril. En la segunda semana de mayo fue aislado por primera vez en Singapur —de ahí su nombre— y antes de finalizar el mes de las flores estaba arraigado en Filipinas, Indonesia, Australia, Japón y la India.

A principios de junio, de Pakistán peregrina a la Meca; de allí marcha a Jordania y Turquía. Después, navega a bordo del «Ambrose» desde Japón a Chile, donde causó veinte mil muertes entre “las poblaciones populares”. Por los Andes penetra en Argentina, donde dos meses después noquea al campeón mundial de “los moscas”, Pascual Pérez. De allí se diseminó por Brasil, Colombia y Venezuela y, antes de acabar el mes, aquel “maldito emisario oriental” había visitado toda América Central. Nadando cruzó el río Bravo, aunque antes, por vía aérea aterrizó en New York. A finales de año, los Estados Unidos de América, registraban 116.000 muertes por «gripe asiática».

En julio visitó al presidente sirio, Chukri el Kwatli, en su palacio. En el mismo mes atravesó el «telón de acero» y penetró en la Unión Soviética con el VI Festival de la Juventud y los Estudiantes.

En pleno verano hace su entrada triunfal en Europa. En el norte, desembarca en los muelles de Rotterdam y Birmingham. En Gran Bretaña afecta, mayoritariamente, a la población escolar —incluido el Príncipe Carlos como ya he mencionado—. Desde la ciudad del Támesis unos «boy-scouts» la depositan en Suecia. Después, se pasea por Alemania, Polonia, Rumania y Francia, donde afectó a la quinta parte de su población, entre ellos a “muchos deportistas”. En el sur, arriba a los puertos del «Mare Nostrum» a bordo de los buques de guerra de la VI Flota norteamericana. En Nápoles infesta al personal de la OTAN y en Roma, a principios del otoño, a la primera dama, Carla Gronchi. En Milán —como el «Covid-19»—, el «A-Singapur-1/57» causó grandes perturbaciones del “sistema de transporte y la vida económica”. En el Vaticano, la visita de unos religiosos japoneses hace que las autoridades sanitarias del Estado Pontificio tomen medidas preventivas: no se autorizan las visitas de turistas o peregrinos procedentes de los países con el patógeno declarado; se hacen reconocimientos periódicos a los trabajadores de la Santa Sede que viven en Roma y se desinfectan los suelos y pavimentos de los edificios abiertos al público.

Gracias a la determinación “adoptada, con gran pesar”, por el comandante en jefe de la flota yanqui de suspender el ejercicio anfibia programado para el 20 de agosto en la costa de Almería, se pudo evitar “su penetración en nuestra Patria” —afirmaba con rotundidad la «Prensa del Movimiento»—. Según el director general de Sanidad, no existía peligro de contagio ya que los barcos con tripulaciones infectadas quedaron “aislados convenientemente” en el puerto de Valencia. Sin embargo, diez días después, desembarcaron cinco mil marines en la «Ciudad Condal» donde se dieron algunos casos de «gripe asiática». El Ayuntamiento barcelonés intentó adquirir la ansiada vacuna en el mercado internacional sin éxito.

El nuevo virus, después de visitar la Acrópolis saltó a África: el Congo belga, Dakar, Egipto... Y acompañó desde la Meca a los peregrinos que regresaban a Marruecos. En Tetuán afecta al treinta por ciento de sus habitantes, aunque se ensaña con la población autóctona ya que —según *La Vanguardia*— “se han dado varios casos de defunción entre la población árabe, pero no así entre los habitantes europeos”.

Antes de terminar septiembre ya había finalizado su tour alrededor del mundo. En nuestro país se conocían detalladamente los desastrosos efectos que había

ocasionado en el extranjero pero, como se preguntaba aquel intrépido periodista granadino “¿Y España...?”. Por entonces, la prensa española empezaba a admitir tímidamente que la influenza asiática también había penetrado en la Península Ibérica: en España y en Portugal. Aunque con una “benignidad extrema” ya se encontraban atacados por la «gripe amarilla»: el Puerto de la Luz, en Las Palmas de Gran Canarias; Arrecife de Lanzarote; la población de Tomelloso —donde ahora los jóvenes Quijote combaten al coronavirus con botellones—; San Sebastián, donde afectó a los obreros de varias industrias y los colegios retrasaron el inicio del curso. Sin embargo, se apresuró *ABC* de Madrid a desmentir que en Sevilla hubiese entrado el virus y afirmaba que “no se ha registrado hasta ahora ningún caso de gripe asiática”. El criterio de la Jefatura provincial de Sanidad era peculiar: “puede decirse que en una ciudad hay gripe asiática cuando el número de griposos es inusitado” —y es que, desde siempre, en cuanto a la forma de contar cada uno tiene la suya—. Dos días más tarde, el mismo periódico —en su edición sevillana— admite que “en Sevilla ha hecho su aparición la gripe”.

El 1 de octubre el jefe provincial de Sanidad de Madrid califica desde el periódico *Arriba* —verdadero órgano oficial del régimen— la enfermedad como «psicosis de gripe asiática». En sus declaraciones, sitúa las informaciones dadas por algunos periodistas “dentro del mundo de lo fabuloso”. Consideraba que esas noticias eran exageradas y que creaban “un estado de opinión injustificado”. Además, hacía hincapié en que las jefaturas provinciales seguían rigurosamente “las pausas y las órdenes” de la Dirección General de Sanidad —mando único de entonces—.

Pero en octubre la psicosis se convirtió en epidemia real. En Bilbao, en menos de un mes, enfermó más de un tercio de su población. En Orense se cerró el Seminario Menor porque sus alumnos enfermaron en gran número. En Palencia, el brusco cambio de temperatura alimentó al virus. En Alicante cuarenta alumnos del Colegio de Huérfanos de Ferroviarios padecían la enfermedad. El 11 de octubre la prensa reconocía que en Córdoba “más del quince por ciento de la población, afectada de gripe” permanecía en cama pero, aseguraba —en un alarde de patriotismo, digo yo— que, “según los médicos, esta gripe es española, porque de la asiática son contados los casos que se registran”. El 14 de octubre la gripe hace su aparición en Burgos y aunque “por día se nota el aumento de casos”, la prensa diaria sigue publicando que “no reviste carácter epidémico”. No será hasta el 26 de octubre cuando el *Boletín Oficial del Estado* publique —casi telegráficamente— la Orden del 17 del mismo mes por la que “se declara con carácter oficial la epidemia de gripe en todo el ámbito nacional”.

Es en la prensa deportiva donde la «gripe asiática» se hará más visible, al ofrecer en sus crónicas los únicos datos alarmantes por la llegada de la “enfermedad de moda” a España. En Pamplona aquella gripe se dejó sentir mucho entre los pelotaris y la mayoría de los encuentros del frontón Euskal-Jai hubieron de suspenderse —decía un diario—. No obstante, fue en la liga de fútbol donde «la asiática» goleó al Régimen. En la tercera jornada, la Federación Española de Fútbol no quiso aplazar el partido que enfrentaba a la Las Palmas, con siete jugadores enfermos, y al Barcelona. El 28 de septiembre, al joven portero canario, Betancort, los azulgranas le metieron un gol por cada uno de sus compañeros griposos. El primer partido aplazado en Primera fue el At. Bilbao-Granada. Precisamente unos días antes del comienzo de la liga —el 8 de septiembre— el Granada había jugado en La Rosaleda un amistoso que ganó el Málaga por 3 a 1, en el campo estuvo el primer deportista de elite marbellero: Antonio Lorenzo —mientras, su novia, también marbellera, superaba aquel virus ingresada en el sanatorio malagueño de la Purísima—. Fue la sexta jornada la que más afectó a los futbolistas españoles. El 21 de octubre la *Hoja del Lunes* informa sobre los partidos aplazados en todas las categorías “por la epidemia de gripe asiática, que azota en estos días nuestra Península”. Eran más

de cien los afectados y “la Gripe Fútbol Club, marcó goles de su influencia en todos los frentes” –aseveraba el periódico con ironía—.

A finales de noviembre los periódicos seguían recalcando que “esta epidemia es totalmente benigna y no ofrece motivos de alarma”. En realidad, en España entre los meses de septiembre y noviembre, fueron declarados oficialmente 6.751.200 casos y las defunciones ocurridas por la epidemia llegada de China se situaron en torno a diez mil.

En 1957, como se ocultó la llegada del «A-Singapur-1/57» –para los más suspicaces creado en un laboratorio de la China comunista o de la Unión Soviética o de ambos, como se ha dicho también del «Covid-19»—, se ocultó el inicio de la «Guerra de Ifni» –que perdimos en la siguiente primavera—. En aquel año maldito, mientras las aguas del Turia anegaban su ciudad por primera vez y la «Torreta del Cable» ponía “una nota nueva en el paisaje de la Costa del Sol”, Marbella pasó de fase. Llegó la “época decisiva y añorada” –a la que el artista Borrachero se refiere al escribir sobre aquella mujer con fama de excéntrica que también llegó en 1957, Ana de Pombo —.

En aquel año olvidado –a propósito—, ahora recuerdo como llegaba el Urbanismo, por ejemplo: en el Rodeo, Edgar Neville inició la construcción de su «Malibú»; se proyectaba urbanizar la «Huerta Grande», la «del Faro» y el «Coto de los Dolores». El alcalde, Francisco Cantos, planteó la confección de un Plan General de Urbanismo para “el mayor embellecimiento de la ciudad y el mejor desarrollo del Turismo, principal medio de vida de sus habitantes”.

Aquel año en el que el Turismo se hizo viral en Marbella, se creó la primera Oficina de Turismo de la ciudad; el Pleno nombró un intérprete oficial honorífico “para atender debidamente a los extranjeros que nos visitan”; se inauguraron dos hoteles: San Nicolás y El Fuerte, así como se dio vía libre a la construcción de otro en territorio sampedreñoa: el Golf-Hotel Guadalmina. Además, se legalizó el «Camping Marbella 191», propiedad de Antonio Abeijón Veloso, que venía funcionando sin permiso desde hacía más de un año.



«Camping Marbella 191». Fuente: Postal de Ed. Costa del Sol.